

ARANGUREN, Martin. "La transacción emocional como unidad de acción: un programa post-constructivista en sociología de las emociones". *RBSE – Revista Brasileira de Sociologia da Emoção*, v. 16, n. 46, p. 102-117, abril de 2017 ISSN 1676-8965.

ARTIGO

<http://www.cchla.ufpb.br/rbse>

## La transacción emocional como unidad de acción: un programa post-constructivista en sociología de las emociones

A transação emocional como unidade de ação: um programa de pós-constructivista em sociologia das emoções

The emotional transaction as a unit of action: a post-constructivist program in the sociology of emotions

*Martin Aranguren*

Recebido: 07.12.2016

Aprovado: 19.01.2017

**Resumo:** O artigo tem por objetivo apresentar um programa de pesquisa em sociologia das emoções que pode ser caracterizado como pós-constructivista. Este programa conserva do constructivismo social a ênfase na dimensão sociocultural das emoções, porém, se distancia deste ao recusar a redução da tarefa da sociologia das emoções a uma hermenêutica da linguagem emocional. Na primeira parte do artigo se enunciam os limites do enfoque constructivista social das emoções, pelo qual se introduz a problemática alternativa da transação emocional. Na segunda parte se apresenta o método e os resultados principais de um projeto sobre a gestão da distância interpessoal nos metrô de Delhi, Nova York e Paris. Por último, se explicitam os objetivos de um novo projeto sobre a discriminação de menosprezo e se expõe o primeiro estudo realizado neste marco. **Palavras-chave:** pós-constructivismo, dimensão sociocultural das emoções, distância interpessoal, discriminação de menosprezo

**Resumen:** El artículo tiene por objeto presentar un programa de investigación en sociología de las emociones que puede ser caracterizado como postconstructivista. Este programa conserva del constructivismo social el énfasis en la dimensión sociocultural de las emociones pero se aleja de éste al rechazar la reducción de la tarea de la sociología de las emociones a una hermenéutica del lenguaje emocional. En la primera parte del artículo se enuncian los límites del enfoque constructivista social de las emociones, tras lo cual se introduce la problemática alternativa de la transacción emocional. En la segunda parte se presentan el método y los resultados principales de un proyecto sobre la gestión de la distancia interpersonal en los metros de Delhi, Nueva York y Paris. Por último, se explicitan los objetivos de un nuevo proyecto sobre la discriminación menospreciante y se expone el primer estudio que ha sido realizado en este marco. **Palabras-claves:** postconstructivista, dimensión sociocultural de las emociones, distancia interpersonal, discriminación menospreciante

**Abstract:** The article aims to present a research program in the sociology of emotions that can be characterized as post-constructivist. This program retains from social constructivism the emphasis on the socio-cultural dimension of emotions but departs from it by rejecting the reduction of the task of the sociology of emotions to a hermeneutic of emotional language. In the first part of the article the limits of the social constructivist approach of the emotions are enunciated, after which the alternative problematic of the emotional transaction is introduced. The second part presents the method and the main results of a project on the management of interpersonal distance in meters of Delhi, New York and Paris. Finally, the objectives of a new project on disparate discrimination are explained and the first study that has been carried out in this context is presented. **Keywords:** post-constructivist, socio-cultural dimension of emotions, interpersonal distance, disparaging discrimination

### Problemática

#### *Hacia un enfoque post-constructivista de las emociones*

En el área interdisciplinar de las emociones, el enfoque constructivista social (Averill, 1980; Harré, 1986) ha cumplido un rol histórico importante. Éste rol ha consistido en

afirmar y recordar, en un campo dominado por la psicología individual, que las emociones son fenómenos sociales y culturales. Es en esa media que el enfoque que preconizo se identifica con el constructivismo social. Pero el prefijo “post” señala una cierta toma de distancia, que hace referencia al modo específico en que el constructivismo entiende los niveles de análisis social y cultural.

Se puede esquematizar este modo específico haciendo referencia a dos tesis fundamentales de este enfoque, una ontológica, o sea sobre cómo *son* las cosas, y la otra epistemológica, o sea sobre cómo pueden (o deben) *ser conocidas* esas cosas. La tesis ontológica sostiene que las emociones son construidas socialmente, de una manera u otra, mediante el lenguaje. La tesis epistemológica, a su turno, estipula que el estudio de las emociones consiste en una hermenéutica o ciencia interpretativa del lenguaje emocional. Estas dos tesis caracterizan lo que quiero llamar el constructivismo social clásico.

En un artículo que se encuentra actualmente en evaluación, he tratado de mostrar que esta concepción de la construcción social a partir del lenguaje es inadecuada a las emociones en al menos dos aspectos. Sin fundamentarlas, me limitaré aquí a enunciar estas inadecuaciones.

En primer lugar, el constructivismo social supone que la construcción social de la experiencia emocional consiste en una interpretación de estados emocionales a partir de los conceptos de emoción del lenguaje ordinario. Pero este enfoque reposa sobre una teoría de la experiencia emocional excesivamente pobre. No es el momento de exponer los detalles de la teoría alternativa en la cual me baso (Lambie y Marcel, 2002), pero ésta propone dos distinciones que el constructivismo social no reconoce. En primer lugar, la experiencia emocional puede ser de primer grado, inmediata, o bien de segundo grado, reflexiva. En segundo lugar, la experiencia emocional reflexiva puede ser analítica (por ejemplo, advierto que mi ritmo cardíaco se ha acelerado, o que tengo ganas de huir) u holística (por ejemplo, categorizo mi estado con la palabra “miedo”). El punto es que el constructivismo social puede dar cuenta únicamente de la construcción social de la experiencia emocional reflexiva holística, que consiste en conceptualizar estados emocionales por medio de conceptos de emoción. Ahora bien, se puede argumentar que la experiencia emocional reflexiva (ya no holística sino) *analítica* es también una construcción social. Pero curiosamente sobre esta construcción social el constructivismo social no puede decir gran cosa.

La segunda debilidad del constructivismo clásico es que no puede dar cuenta del moldeamiento social de las emociones en especies que a diferencia de la nuestra no son capaces de lenguaje. En efecto, de acuerdo a los primatólogos, ciertas especies de primates tienen emociones, y estas emociones son en parte, como las nuestras, el resultado de un proceso de socialización. Pero irónicamente esta construcción social está fuera del alcance del constructivismo social.

En suma, quiero conservar del constructivismo social la tesis fuerte de que las emociones son susceptibles de análisis sociológico o antropológico. Pero quiero desentenderme de una asimilación de la construcción social a una construcción lingüística. Esta movida ontológica conlleva una consecuencia epistemológica: si la construcción social no es necesariamente una construcción lingüística, entonces una hermenéutica o ciencia interpretativa del lenguaje emocional no es siempre adecuada al estudio de las dimensiones social y cultural de las emociones. En otras palabras, la tarea del sociólogo o del antropólogo que investiga las emociones no es necesariamente tratar su objeto de estudio como un texto a descifrar.

### *La transacción emocional*

¿Cómo, entonces, hacer una sociología de las emociones por fuera de los límites que nos impone la problemática del constructivismo social clásico?

A pesar de sus desventajas, la focalización sobre el lenguaje presentaba una ventaja mayor para el cientista social que investiga las emociones, pues el lenguaje es indisputablemente algo social. Por lo tanto analizar el lenguaje de las emociones es analizar algo social. ¿Pero en qué sentido un análisis de las emociones que, por el contrario, *no* pasa por el lenguaje puede ser admitido como un análisis sociológico?

Mi área de estudio es la interacción social cara a cara. La concepción de las emociones que acepto (la familia de enfoques agrupados bajo la etiqueta *appraisal theory*, Frijda, 1986) postula que las emociones son fenómenos complejos, es decir, compuestos de múltiples componentes, y que estos componentes son contenidos de experiencia, cambios fisiológicos y movimientos expresivos. Un contenido de experiencia emocional es, por ejemplo, tener urgentes ganas de hacer algo. De amar, de huir, de destruir.

Un ejemplo de cambio fisiológico es la rigidez muscular y la aceleración del ritmo cardíaco que nos viene en algunos de esos episodios que reportamos con la palabra “miedo”. Los movimientos expresivos cubren las múltiples mímicas faciales que asociamos con estados emocionales, pero también movimientos de todo el cuerpo, e incluso variaciones en el ritmo y la amplitud de movimientos no especializados en la expresión emocional. Desde el punto de vista de la interacción social, ni los contenidos de experiencia (como las urgentes ganas) ni los cambios fisiológicos (como la aceleración cardíaca) son directamente accesibles. En cambio, los movimientos expresivos se dan directamente a la percepción. O sea que estudiar las emociones en la interacción social es antes que nada estudiar movimientos expresivos. Así, la pregunta que nos ocupa puede ser formulada más precisamente así: ¿en qué sentido un análisis del movimiento expresivo en la interacción social puede ser un análisis sociológico?

Goffman (1971) y los etnometodólogos (1967), incluyeron los analistas de la conversación (Sacks, Schegloff, y Jefferson, 1974), nos han enseñado a apreciar que las interacciones sociales poseen una estructura secuencial. Goffman acuñó la imagen del ritual de interacción para acentuar el carácter predeterminado y obligatorio de las etapas que componen nuestros intercambios corteses en público. Las interacciones sociales son tales no sólo porque ego y alter se influyen mutuamente, sino también porque este mutuo influenciar produce o reproduce la relación social que los vincula.

Este resultado depende de los aportes sucesivos de los participantes, pero es importante observar que no cualquier serie de aportes produce cualquier resultado. La estructura secuencial de una interacción define qué aporte (o sea, qué gesto, que enunciado, qué acto) es necesario en qué momento para contribuir a producir o reproducir tal o tal relación social.

Hechas estas observaciones, mi propuesta de sociología de las emociones consiste en tratar el movimiento expresivo como un aporte a una secuencia estructurada de interacción social. La hipótesis de trabajo es que ciertas secuencias de movimientos expresivos, distribuidos entre al menos dos personas, producen o reproducen ciertas relaciones sociales entre esas personas (o “participantes”). La tarea de la investigación empírica, si esta hipótesis tiene sentido, es identificar secuencias recurrentes de expresiones emocionales y determinar la incidencia que estas secuencias tienen sobre la relación social entre los participantes. Es a este tipo de secuencias que me refiero con el término “transacción emocional.” (Aranguren, 2013) Sin embargo, es importante recordar que las secuencias de comportamientos expresivos que reconfiguran relaciones sociales no agotan el concepto de transacción emocional. Este concepto recubre más generalmente todo desarrollo temporal de una emoción (o de un episodio emocional) a través de la interacción entre el agente emocionado y la situación emocionante (Lazarus, 1991).

### *Transacciones emocionales y consecuencias no buscadas de la acción*

Pero suponiendo que las transacciones emocionales así definidas existen ¿por qué dedicar tiempo y esfuerzo a su estudio? Mi visión es que las transacciones emocionales producen efectos sobre las relaciones sociales, pero que estos efectos, así como la relación entre tales efectos y las expresiones emocionales que los producen, escapan la mayor parte del tiempo a la conciencia reflexiva de los agentes.

En otras palabras, somos agentes de transacciones emocionales pero a menudo no lo sabemos. Los efectos sociales de las transacciones emocionales son entonces, al menos en parte, consecuencias no buscadas de la acción (*unintended consequences*). Poner al descubierto la relación confusa entre nuestras acciones y la producción o reproducción de algún tipo de estructura social es una de las tareas primordiales de la sociología. Es entonces la contribución a esta tarea sociológica lo que justifica el estudio de las transacciones emocionales.

Agrego que la explicitación de consecuencias no buscadas de la acción prepara eficazmente el terreno para la crítica social. Para tomar un ejemplo que abordaré más adelante: si estimo que discriminar está mal y creo sinceramente que yo no discrimino, pero una investigación revela que mi comportamiento expresivo es discriminatorio, el conocimiento de este resultado me pone ante una opción ética para evitar la contradicción. O bien afirmo mi ideal y cambio mi comportamiento, o bien mantengo el comportamiento pero reviso entonces mi ideal. Así, el estudio de las transacciones emocionales, y más generalmente la explicitación de las consecuencias no buscadas de la acción, puede contribuir a esta otra tarea importante de nuestras disciplinas que es la crítica social.

### **Transacción emocional y gestión de la distancia interpersonal en los espacios hacinados**

#### *Formulación del problema*

El primer proyecto de investigación que he dedicado al estudio de las transacciones emocionales trata de la gestión emocional de la distancia entre extraños en los espacios urbanos densos. Este proyecto reposó sobre un protocolo único de observación de terreno que fue aplicado sistemáticamente en los metros de París, luego de Delhi y por último de Nueva York (Aranguren and Tonnelat, 2014; Aranguren, 2015).

El problema de investigación nace de dos constataciones. Por una parte, somos una especie territorial. Para convencerse de esto, basta con observar que una dimensión importante de toda relación social es la gestión del espacio interpersonal. Tomemos dos casos extremos. Las relaciones que llamamos íntimas son también relaciones que admiten o demandan alguna forma de contacto físico entre las personas. Por el contrario, las relaciones que llamamos públicas prohíben, desalientan o limitan el contacto físico entre extraños.

En castellano tenemos palabras para señalar infracciones a estas normas territoriales o prosémicas. En el marco de una relación íntima, una infracción puede consistir en ser demasiado distante. En el contexto de una relación pública, en cambio, una infracción puede consistir en ser demasiado confianzudo. En efecto ¿qué es ser confianzudo sino autorizarse indebidamente intrusiones literales o figurativas en el territorio del otro? La primera constatación es entonces que las relaciones sociales comportan normas de espaciamiento interpersonal, y que las relaciones en público prescriben más distancia y menos contacto que las relaciones íntimas.

La segunda constatación que subyace a la formulación del problema es que ciertos contextos sociales de la vida urbana, como los conciertos de estadio o los ascensores de los edificios públicos, nos obligan a transgredir sistemáticamente las normas de distanciamiento interpersonal entre extraños. En un contexto como el tren subterráneo en la hora pico,

para lograr simplemente subir, permanecer y luego bajar del vagón nos vemos obligados a apoyarnos, apretujarnos y frotarnos con perfectos extraños. Esta circunstancia proporciona el contexto ideal para toda clase de abusadores que aprovechan de la ambigüedad de la situación para apoyar, apretujar y frotar selectivamente. Dejaré de lado estos casos abusivos de contacto físico en el subte para concentrarme sobre el caso estándar. Aun si la población se compusiera exclusivamente de virtuosos o incluso de perfectos asexuales, el uso del subte en las horas pico nos obligaría a entrar en contacto físico con personas que no conocemos.

Partimos entonces de los siguientes hechos: las normas que gobiernan las relaciones en público limitan o prohíben el contacto físico, pero el subte en la hora pico nos fuerza a entrar en contacto físico de manera repetida y duradera con personas que no conocemos. En otras palabras, el subte en la hora pico es una fuente copiosa de transgresiones territoriales.

Una multitud de trabajos, desde las reflexiones de Durkheim (1937) sobre la sanción difusa hasta los estudios sobre la comunicación no verbal (Knapp, Hall, y Horgan, 2014), predicen que el contacto físico intrusivo debería causar emociones negativas; por ejemplo, el descontento del tocado y la incomodidad del tocante, como llamaré respectivamente a la persona que recibe el contacto y a la persona que lo origina. El problema que se plantea es entonces el siguiente: ¿cómo hacen los pasajeros de los subtes hacinados para gestionar las emociones negativas que genera el contacto físico indeseado con extraños?

Una primera solución es la hipótesis del acostumbramiento. De acuerdo a esta hipótesis, la repetición de estas emociones negativas llevaría a una disminución del umbral de sensibilidad, de modo tal que con suficiente exposición al contacto físico, nos volveríamos emocionalmente inmunes a este estímulo. En esta perspectiva, el ciudadano experimentado es insensible a empujones, apretujones, y otras delicias hápticas que depara el subte. Pero anticipo que la hipótesis del acostumbramiento es incompatible con los hechos observados. En Delhi, Nueva York y París por igual, los pasajeros responden *emocionalmente* – o más precisamente, con expresiones de emociones – al contacto físico indeseado.

Si no es por medio del acostumbramiento, entonces ¿cómo hacen los pasajeros para gestionar sus emociones? Mi respuesta general es: por medio de transacciones emocionales. O sea, el contacto físico entre extraños en el metro da lugar a diálogos de expresiones emocionales que reconfiguran la relación entre el tocante y el tocado.

De ahí la pregunta de investigación que guió estos estudios: ¿cuáles son las expresiones emocionales en juego y en qué sentido estas reconfiguran las relaciones entre los pasajeros?

### *Método*

Me limitaré aquí a presentar los grandes rasgos de la metodología. Los detalles pueden ser consultados en los artículos publicados sobre este proyecto (refs JONB, IS). Para examinar las transacciones emocionales que ocasiona el contacto físico indeseado en el metro, tomé como unidad de observación un contexto de actividad preciso. Éste tiene lugar entre la plataforma de una estación y el vagón del tren. Comienza cuando el tren abre sus puertas tras detenerse en la estación y termina cuando el tren cierra sus puertas antes de retomar la marcha. Llamemos esta unidad “intercambio de pasajeros”. En un intercambio de pasajeros típico, cuando las puertas se abren, algunos pasajeros se desplazan del vagón hacia el andén y en general poco más tarde otros pasajeros se desplazan del andén hacia el vagón. Las transacciones emocionales que estudié ocurren en el contexto de la subida al tren, o sea durante la segunda parte del intercambio de pasajeros.

Para documentar los contactos físicos y las expresiones emocionales que éstos generan en el contexto de la subida al tren, utilicé una cámara portátil discreta pero no oculta.



Los vagones de los metros de Delhi, Nueva York y París disponen de barras verticales ubicadas frente a las puertas, que los pasajeros que viajan de pie utilizan para sostenerse. Simulando ser un pasajero más, en los tres subtes me sostuve de estas barras verticales para filmar frontalmente la entrada de los pasajeros en el vagón. Con este ángulo, los videos pueden captar las transacciones emocionales tanto entre pasajeros que avanzan uno adelante de otro, como de pasajeros que avanzan a la par.

Las sesiones de grabación tuvieron lugar siempre durante las horas pico locales de la mañana y de la tarde. En cada uno de los tres estudios, el número de intercambios de pasajeros colectados fue superior a cien. A partir de esta colección, el análisis consistió en identificar casos de contacto físico, describir la respuesta expresiva del tocado al contacto físico, la contrarrespuesta expresiva del tocante a la respuesta expresiva del tocado, y así sucesivamente.

Para dar cuenta estas secuencias de respuestas expresivas me focalicé en los movimientos del rostro y de la cabeza, que describí mediante un método de notación llamado FACS (Ekman y Friesen, 1978), cuyas iniciales en inglés significan “sistema de codificación de acciones faciales”. Este método se basa en la anatomía del rostro y sirve para identificar movimientos faciales en bruto, o sea antes de toda interpretación en términos de emociones, en incluso en términos de las consecuencias que producen.

### *Resultados*

La descripción FACS de los episodios de contacto físico filmados permitió identificar dos secuencias recurrentes de movimientos expresivos consistentes en un diálogo no verbal o una conversación de gestos (Mead, 1934) entre el tocado y el tocante. Estas secuencias poseen dos características que deseo resaltar. Por una parte, se componen de movimientos que la literatura especializada había ya identificado como expresiones de emociones. Por la otra, estas secuencias son de alcance transcultural pues se producen de manera idéntica en estos tres contextos culturales diferentes que son las ciudades de Delhi, Nueva York y París. Diré más sobre esta transculturalidad, en particular sobre sus límites, al abordar la interpretación de los resultados más adelante.

Las tres configuraciones faciales que componen los diálogos no verbales observados han sido respectivamente interpretadas en la literatura como expresiones de miedo, incomodidad (*embarrassment*) y desprecio. A esta altura del análisis, me interesa menos la etiqueta específica que la literatura ha asignado a estas configuraciones faciales que el hecho general de que han sido interpretadas como movimientos expresivos. Sin decidir a priori cuál era la emoción en juego, mi tarea consistió en describir los movimientos brutos que conforman estas configuraciones faciales.

La configuración facial asociada a la expresión de miedo comporta la contracción simultánea de los músculos que fruncen y elevan las cejas, así como la elevación de los párpados (cuya consecuencia es exhibir más esclerótica, lo cual abre grande los ojos). La expresión facial prototípica de miedo involucra movimientos adicionales de la parte inferior del rostro, pero éstos no fueron observados en los subtes estudiados. En lo que sigue me referiré a esta configuración mediante el término “la frente del miedo”. La configuración facial asociada a la expresión de incomodidad involucra la elevación del mentón, la compresión de los labios y una leve sonrisa, además de un desvío de la mirada hacia abajo o bien hacia el costado. Por último, la configuración facial asociada a la expresión de desprecio se compone de un pinzamiento de las comisuras de los labios hacia el interior, efecto de la acción del músculo buccinador.

Con esto he descrito los movimientos expresivos aisladamente. Pero lo que nos interesa es el rol de estos movimientos expresivos moleculares en una secuencia molar.

¿Cuáles son, entonces, las secuencias recurrentes en las que aparecen estas configuraciones faciales?

La primera secuencia se compone de las siguientes etapas: 1) el tocado toca al tocado; 2) el tocado exhibe la frente del miedo; 3) el tocado mira al tocante y; 4) el tocante exhibe la expresión de incomodidad. Después del último acto, tocado y tocante regresan a una expresión neutra y la secuencia llega a término.

La segunda secuencia procede en modo idéntico hasta la etapa 3). Pero luego, en lugar de exhibir la expresión de incomodidad, en el cuarto casillero el tocado toca de nuevo al tocado. Tras lo cual, 5) el tocado exhibe la expresión de desprecio. Como en el caso anterior, después de este último aporte, tocado y tocante regresan a una expresión neutra y la secuencia llega a término.

### *Discusión*

Hasta aquí me he limitado a describir estas secuencias desde un punto de vista estructural o formal: he simplemente precisado cuáles son los movimientos que las componen. Ahora bien, he postulado que las transacciones emocionales son no sólo secuencias de movimientos expresivos, sino también secuencias de movimientos expresivos *que reconfiguran las relaciones sociales*.

Para ver las dos secuencias descubiertas como un proceso de reconfiguración de relaciones sociales, es necesario sobreponer a la descripción formal de la serie de movimientos brutos una interpretación funcional. En otras palabras, hace falta una lectura de estos movimientos en términos de los efectos que producen sobre la relación social entre el tocante y el tocado.

He interpretado ambas secuencias a partir de lo que Goffman (1971) llama “intercambio reparador”. Un intercambio tal sirve para restablecer el equilibrio ritual entre dos personas que ha sido perturbado por la comisión de una ofensa. En vista de la reflexión anterior sobre la territorialidad de nuestra especie, el contacto físico entre extraños es un candidato razonable a conducta ofensiva. Goffman precisa que tras la ofensa, el ofendido llama la atención del ofensor. En los casos de reparación exitosa, tras este llamado de atención, el ofensor hace una “ofrenda”, que en el caso prototípico cobra la forma de una disculpa verbal (por ejemplo: “uy, perdón”), y luego el ofendido se da por satisfecho o bien ofrece una contra-ofrenda (por ejemplo: “no se preocupe, no es nada”).

La primera secuencia que he descrito formalmente más arriba puede ser funcionalmente interpretada como una versión enteramente no verbal de intercambio reparador exitoso. Su función de reconfiguración consiste en restablecer, tras la ofensa, el equilibrio ritual entre las partes.

Mediante la ofrenda, el ofensor reconoce al ofendido como una persona que no puede ser ofendida sin razón. En esta medida, la reparación cumple una función de reconocimiento. La novedad, respecto de los trabajos de Goffman, es que ahora sabemos que la reparación puede lograrse mediante comportamientos enteramente no verbales, y que éstos pueden ser formalmente idénticos y quizás cumplir la misma función en diversos contextos culturales.

La segunda secuencia descrita formalmente más arriba puede ser interpretada funcionalmente como una reparación fracasada. En el casillero secuencial en que se esperaba una ofrenda o una disculpa, el ofensor, en cambio, repite la ofensa. La respuesta del ofendido a la repetición de la ofensa es una configuración facial que la literatura interpreta como una expresión de desprecio. ¿Qué función puede estar cumpliendo esta supuesta expresión de desprecio en este casillero secuencial?

Se puede decir que el hecho de que el ofensor no sólo no se ha disculpado, sino que incluso ha repetido la ofensa, está indicando que el ofensor no reconoce al ofendido como

alguien a quien no se puede dañar sin razón. Si lo contrario del reconocimiento es el menosprecio, se puede entonces decir que mediante su conducta el ofensor comunica su menosprecio al ofendido. La expresión de desprecio puede entonces ser vista como una medida retributiva (como una represalia) que el ofendido pone en práctica para ponerse a mano con el ofensor. Lo que esta expresión estaría haciendo, en esta lectura, es comunicar al ofensor el menosprecio recíproco del ofendido.

En suma, en respuesta al contacto físico indeseado, los pasajeros de los subtes hacinados de Delhi, Nueva York y París realizan transacciones emocionales que sirven para manifestar reconocimiento o bien menosprecio recíprocos.

*Nota sobre la transculturalidad de los fenómenos observados*

Dado el estado del debate contemporáneo sobre la naturaleza de las emociones, es importante demarcar la observación que las transacciones emocionales pueden ser idénticas en contextos culturales diversos de una serie de implicaciones que no se siguen lógicamente de esta constatación.

No se sigue, por ejemplo, que las emociones sean respuestas universales. Recordemos que en la concepción de las emociones que acepto, éstas son respuestas complejas que operan en los niveles fenomenológico, fisiológico y expresivo. El hecho de que las personas efectúen los mismos movimientos expresivos en contextos culturales diversos no nos dice nada ni sobre la experiencia emocional ni sobre los cambios fisiológicos que probablemente acompañan estas expresiones. A lo sumo, se sigue que ciertas expresiones son transculturales.

En segundo lugar, que algunas expresiones sean transculturales no significa que las normas de espaciamiento interpersonal sean las mismas entre las culturas. Esto último es manifiestamente falso. En efecto, Edward T. Hall (1966), el iniciador de los estudios sobre la proxemia, era un antropólogo cuyo programa de estudio buscaba identificar las variaciones interculturales en la definición de la distancia apropiada. Hall había notado, por ejemplo, que a relación social de mismo tipo la distancia interpersonal apropiada es más grande en Estados Unidos que en Francia, lo cual he podido confirmar en mis observaciones de terreno. Otra área en la que se manifiestan variaciones interculturales se refiere a las partes del cuerpo que son más o menos tocables en público. Por ejemplo, pisar a otro pasajero es una falta menor en París o Nueva York, pero un insulto gravísimo que exige una reparación inmediata en Delhi. Recíprocamente, mantenerse en equilibrio posando la mano sobre el hombro de otro pasajero es una ofensa menor en Delhi, pero una ofensa mayor en París o Nueva York. En breve, las normas prosémicas varían de un contexto cultural al otro, pero algunas de las expresiones emocionales que usamos para gestionar las infracciones a estas normas prosémicas, ellas sí, son transculturales.

Por último, me permito hacer referencia a una secuencia de comportamiento no verbal que sólo pude observar en el metro de Delhi, y que propongo llamar la horda juguetona. En el tipo ideal de horda juguetona, al menos dos jóvenes que viajan juntos suben empujando a todo el mundo sin escrúpulos pero exhibiendo la llamada *play-face*, y otros pasajeros se prestan amablemente al juego imitándolos. Desde un punto de vista formal, la cara de juego consiste en sonreír, separar los labios y relajar la mandíbula; desde un punto de vista funcional, la usamos típicamente para indicar que los que estamos haciendo no va en serio. Este modo juguetón de gestionar los problemas ligados a la densidad de personas es exclusivo de Delhi<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Sin embargo, durante mi visita a la Argentina de agosto de 2016, me contaron anécdotas que parecen sugerir que las hordas juguetonas también existen en el subte de la ciudad de Buenos Aires.



## **Transacción emocional y relaciones intergrupales**

### *Medir la antipatía étnica sin pasar por el discurso y con validez ecológica*

El proyecto actual sobre la discriminación menospreciante empieza allí donde termina el proyecto anterior sobre la distancia interpersonal. Hemos visto que las transacciones emocionales pueden ser mecanismos de reconocimiento o de menosprecio. El nuevo proyecto se propone estudiar las antipatías y las simpatías de grupo a partir de las transacciones emocionales que se producen en las interacciones cara a cara entre miembros de grupos diferentes. Ahora bien, hay múltiples maneras de estudiar las antipatías y las simpatías intergrupales. ¿Cuál es el valor agregado de hacerlo por medio de las transacciones emocionales? Para argumentar la respuesta, partiré más específicamente de las antipatías étnicas y raciales.

Los psicólogos que trabajan sobre el prejuicio, advierten desde la década de 1980 que al menos en las democracias de Europa occidental y de Norteamérica las antipatías étnicas o raciales han cambiado de forma. En la segunda mitad del siglo XX, la lucha por la igualdad de los ciudadanos de color en el sur de Estados Unidos y la descolonización de África y Asia, seguidas de las migraciones post-coloniales en Europa occidental han creado un nuevo paisaje político en el que la expresión abierta del prejuicio étnico se ha tornado un signo de inferioridad moral.

Esto no quiere decir que el prejuicio haya desaparecido, sin embargo. Pero sí quiere decir que su modo de manifestación es más sutil que en el pasado. De modo tal que si el especialista del prejuicio restringe su campo de análisis a las manifestaciones abiertas de aversión racial, corre el severo riesgo de subestimar el alcance de su objeto de estudio. Esto es lo que ocurre cuando el estudio del prejuicio se basa en respuestas a preguntas explícitas o bien en otras declaraciones verbales de los actores.

Para captar los modos sutiles de expresión del prejuicio étnico contemporáneo, los psicólogos han desarrollado ingeniosos testes cuyos resultados pueden ser interpretados como la indicación de un sesgo étnico (Petty, Fazio, y Briñol, 2012; Wittenbrink y Schwarz, 2007). Quizás el más famoso de entre ellos es el IAT, cuyas siglas en inglés significan “test de asociación implícita”. El test mide el tiempo que un participante necesita para asociar dos contenidos, por ejemplo un rostro blanco o negro y una palabra de connotación positiva (“libertad”) o negativa (“homicidio”).

La premisa es que si el participante posee un sesgo en favor de los Blancos y en detrimento de los Negros, el tiempo necesario para asociar el rostro blanco con una palabra positiva será más breve que el tiempo que necesitará para asociar el rostro negro con una palabra positiva, e inversamente el lapso necesario para asociar blanco y negativo será más largo que el lapso necesario para asociar negro y negativo. Cuanto más grande sea la diferencia entre los tiempos de asociación observados, más grande será considerado el sesgo que el participante posee.

La fuerza del test es que permite detectar sesgos en personas que creen sinceramente, y por lo tanto declaran, ser antirracistas. Es decir, el IAT capta indicios de prejuicio ahí donde un cuestionario, por ejemplo, habría hecho agua. La debilidad evidente del test, sin embargo, radica en su dudosa validez ecológica. ¿Qué relación guarda una diferencia de tiempo de asociación entre dos contenidos obtenida en el laboratorio con el comportamiento real de los participantes en el terreno?

Para fundamentar la validez ecológica del test, sus promotores han buscado establecer correlaciones con el comportamiento no verbal de los participantes en los contactos interétnicos (por ejemplo, Dovidio, Glick, y Rudman, 2005). La premisa es que el comportamiento no verbal, relativamente al discurso, refleja más directamente los verdaderos juicios de valor de los participantes.

Así, si para un participante dado el test arroja un cierto grado de sesgo en detrimento de los Negros, y luego se verifica que el participante expresa mediante su comportamiento no verbal un cierto grado de negatividad en relación a los Negros, se dirá que el test es ecológicamente válido. En otras palabras, el comportamiento no verbal proporciona un criterio de validez del test de asociación implícita.

Si se admite la reserva sobre la dudosa validez ecológica del IAT, queda el comportamiento no verbal como modo de acceso directo a la antipatía étnica sin pasar por los cada vez menos confiables discursos de los actores. Decimos de estas formas de comportamiento no verbal que son expresivas de antipatía, lo cual es un modo especial de decir que son expresivas de emociones. En la medida en que estas expresiones emocionales se presentan en los contactos interétnicos cara a cara, podemos suponer que ocurrirán en el contexto de transacciones emocionales. En resumen, el enfoque de la transacción emocional permite obtener medidas de antipatía étnica sin pasar por el discurso, como lo hace el IAT. Pero a diferencia del IAT, el enfoque de la transacción emocional, al estudiar directamente el comportamiento interétnico real, tiene validez ecológica garantizada.

#### *La discriminación menospreciante, una transacción emocional*

Para estudiar las antipatías de grupo a partir de la transacción emocional, me he focalizado sobre un fenómeno que propongo llamar “discriminación menospreciante”. Por discriminación entiendo un trato diferencial en función del grupo de pertenencia del destinatario del trato. Por ejemplo, si sonrío a las mujeres pero no sonrío a los hombres, se puede decir que estoy discriminando. Esta definición descriptiva de la discriminación no nos dice nada sobre su moralidad u inmoralidad. El calificativo “menospreciante” agrega entonces a la definición descriptiva de la discriminación una dimensión normativa. En un artículo que se encuentra actualmente en preparación, argumento que la discriminación es menospreciante cuando frustra las expectativas legítimas de reconocimiento del discriminado, lo cual causa daño injustificado y es por lo tanto inadmisibile.

El estudio de la discriminación menospreciante pone así en diálogo la sociología de la discriminación (Pager y Shepherd, 2008), por una parte, y la teoría del reconocimiento (Honneth 1992; Ikäheimo 2002; Laitinen, 2002), por la otra. El objetivo general del proyecto es identificar modos concretos de discriminación menospreciante en las interacciones intergrupales. Mi intuición es que a menudo los efectos dañinos de la discriminación menospreciante se producen a espaldas de los actores. O sea que probablemente se trata de consecuencias no buscadas de la acción.

La implicación normativa de este proyecto es criticar la discriminación menospreciante poniendo al descubierto el daño injustificado que causa a sus destinatarios. Esta crítica es tanto más útil socialmente cuanto más antirracista se sienta el autor de los actos de discriminación en cuestión.

La discriminación menospreciante puede ser pensada como una transacción emocional compuesta de tres componentes secuenciales: 1) la puesta en copresencia entre el participante  $P_1$ , miembro del grupo  $G_1$ , y el participante  $P_2$ , miembro del grupo  $G_2$ .

2) un trato expresivo diferencial que  $P_1$  destina a  $P_2$  en razón de la pertenencia (real o percibida) de este último a  $G_2$ ; 3) un comportamiento de  $P_2$  mediante el cual  $P_2$  expresa que el trato de  $P_1$  ha frustrado sus expectativas de reconocimiento. Aclaro que al hablar de grupo me refiero más precisamente a un grupo *en la experiencia social* de los actores. No hace falta adoptar un enfoque objetivista, sustancialista o esencialista de los grupos étnicos u otros para reconocer que en la experiencia social de los actores, hay negros, indios, árabes, orientales, etc. Una concepción subjetivista de los grupos étnicos, como la de Max Weber, es suficiente para el análisis que propongo.

El primer objetivo específico es entonces identificar tratos expresivos diferenciales en función del grupo de pertenencia del compañero de interacción. Una vez que estos tratos han sido identificados, el segundo objetivo específico es examinar si y en qué medida estos actos discriminatorios frustran expectativas legítimas de reconocimiento.

Notemos que se trata de dos relaciones de causa a efecto. En primer lugar, el grupo de pertenencia del compañero de interacción causa tratos expresivos diferenciales. En segundo lugar, los tratos expresivos diferenciales causan la frustración del compañero.

El experimento constituye la metodología más adecuada para examinar relaciones causales. Pero como queremos asegurar la validez ecológica de los resultados, los experimentos deberán realizarse en el terreno.

#### *Un experimento de terreno sobre el racismo anti-Rom en el metro de Paris*

Por el momento he podido realizar un experimento con el objeto de identificar los tratos expresivos diferenciales que los pasajeros del metro de Paris destinan a una mujer en función de su identidad Rom. En lo que sigue describiré el método y los resultados principales de este estudio, cuyos detalles son consultables en un artículo que se encuentra actualmente en evaluación.

La sociología de la discriminación ha tendido a concentrarse en temas de redistribución. La mayor parte de las investigaciones han tratado de la discriminación en el acceso al empleo, la salud, la educación, la vivienda, etc. Estas investigaciones son valiosas y dignas de ser continuados, pero reflejan una cierta unilateralidad. En efecto, desde el final de la Guerra fría en los años 1990 en teoría política se reconoce que los reclamos de justicia social admiten dos tipos: aquellos que aspiran a una distribución más justa de recursos materiales y aquellos que demandan igual respeto o adecuado reconocimiento para todas las identidades (Fraser and Honneth, 2003).

Recordemos que el objetivo del experimento era identificar formas de trato expresivo diferencial en función del origen. Para ello me focalicé sobre los Roms, pues resultan ser el grupo que los encuestados franceses ven más negativamente en este momento.

Razoné que si en efecto los franceses rechazan a los roms, la puesta en interacción entre un francés y un rom debería producir tratos expresivos diferenciales en razón del origen de este último.

El diseño del experimento de terreno se basó en tres fuentes principales. En primer lugar, la sociología de la interacción de Goffman (1971), con su énfasis característico en la organización social de las expresiones de respeto. En segundo lugar, un procedimiento experimental usado en psicología social y conocido como el paradigma de comportamiento de ayuda (Saucier, Miller, y Doucet, 2005). En tercer lugar, una serie de hipótesis y de técnicas de medición derivadas de los estudios sobre el comportamiento no verbal (Knapp, Hall, y Horgan, 2014).

#### **Método e hipótesis**

El método puede ser descrito brevemente de la siguiente manera. En el andén de una estación, una actriz encubierta pedía ayuda a pasajeros escogidos aleatoriamente. En la condición control, la actriz vestía en un modo discreto para los estándares locales. En la condición tratamiento, la misma actriz llevaba una falda obviamente rom. Agregó que la actriz era una migrante de nacionalidad rumana que declaraba ser de origen rom. Sin embargo, en la condición control los pasajeros tendieron a reconocerla como una española o una italiana. Es sólo en la condición tratamiento que los pasajeros la reconocieron como rom o rumana.

La interacción seguía un guión compuesto de tres etapas sucesivas. En la primera etapa, la actriz abordaba un pasajero escogido al azar y le pedía cómo llegar a una estación

de la red del metro. Cuando el pasajero terminaba de dar las indicaciones correspondientes, la actriz avanzaba hacia la segunda etapa preguntando cuánto tiempo tomaría el recorrido hasta esa estación. Luego de la estimación del pasajero, la actriz respondía que llegaba tarde a una entrevista de trabajo y que no tenía manera de avisar al empleador de la tardanza. Entonces le pedía en préstamo el teléfono celular al pasajero. Con esto la interacción pasaba a la tercera y última etapa, que concluía luego de la respuesta del pasajero.

Para identificar los tratos expresivos diferenciales, las variables que medí fueron el comportamiento de ayuda, la mirada, las sonrisas y la distancia interpersonal. A partir de una serie de hipótesis derivadas de la literatura especializada en el prejuicio o el comportamiento no verbal, derivé cinco predicciones.

La primera predicción es que la actriz debería recibir menos ayuda cuando lleva la falda rom pero sólo cuando el riesgo situacional es alto. Esta predicción reposa sobre el argumento siguiente. La gente no desea dar la impresión de ser prejuiciosa al rechazar ayudar al miembro de una minoría.

Es sólo cuando la situación proporciona una excusa creíble que la gente se permitirá un comportamiento tal. El riesgo es una característica de la situación que, según ha sido comprobado, provee una buena excusa. Si todo el mundo entiende que ayudar comporta un riesgo grave, el rechazo de ayuda, cuando está dirigido a un minoritario, no despertará la sospecha de racismo u otra forma de antipatía grupal.

Así, las pruebas tuvieron lugar en dos estaciones que difieren considerablemente en términos de riesgo: la estación Jaurès en la línea 2 (que atraviesa todo el norte de París), y la estación Quai de la gare en la línea 6 (que atraviesa todo el sur de la ciudad). De acuerdo a estadísticas publicadas por el ministerio del interior francés, en relación a Quai de la gare, la chance de ser víctima de un robo en Jaurès es dos veces mayor. De la misma manera, la chance de ser víctima de un robo en algún punto de la línea 2 es dos veces mayor a esa misma chance en algún punto de la línea 6. Por lo tanto, la predicción es que los pasajeros deberían ayudar menos a la actriz vestida con la falda rom en la estación Jaurès, pues allí el riesgo mayor de robo ofrece una buena excusa para el rechazo de ayuda.

La segunda predicción es que los pasajeros deberían mirar menos a la actriz con la falda rom cuando interactúan con ella. Esto se puede medir estableciendo, a partir de la duración total de la interacción, la fracción de tiempo que el pasajero pasa mirando a la actriz.

La fuente de esta predicción es la hipótesis de la inmediatez (*immediacy*), que parte de una correlación fuerte entre ciertos comportamientos no verbales en la interacción, por un lado, y evaluaciones positivas o negativas del compañero de interacción, por el otro. En esta perspectiva, más tiempo dedicado a mirar al compañero de interacción se correlaciona con una evaluación más positiva del destinatario de la mirada. En la medida en que los roms son objeto de evaluaciones negativas, la predicción es que los pasajeros deberían pasar menos tiempo mirando a la actriz con la falda rom.

La tercera predicción constituye una alternativa a la anterior y establece que los pasajeros deberían exhibir más dominación visual en interacción con la actriz vestida con la falda rom. La noción de dominación visual hace referencia a un patrón de mirada característico de las relaciones jerárquicas. En conversación con un igual, tendemos a pasar mucho más tiempo mirando al otro cuando estamos en el rol del oyente que cuando estamos en el rol del locutor. En cambio, en conversación con alguien de estatus inferior al nuestro, tendemos a pasar aproximadamente la misma fracción de tiempo mirando al otro cuando estamos escuchando y cuando estamos hablando. Suponiendo que las actitudes negativas de la población francesa en relación a los roms incluyen un juicio de inferioridad, la predicción es que los pasajeros deberían ejercer mayor dominación visual cuando la actriz viste la falda rom.

La cuarta predicción es que cuando la actriz viste la falda rom la distancia interpersonal debería ser mayor, y más aun para los pasajeros hombre que para las pasajeras mujer. Los trabajos sobre la distancia interpersonal han establecido que las personas tienden a mantener distancias relativamente mayores con individuos que asignan a grupos estigmatizados. Pero estas investigaciones han encontrado también que las díadas mujer-mujer interactúan más cercanamente que las díadas mujer-hombre.

La quinta predicción es que los pasajeros deberían sonreír menos a la actriz cuando ésta lleva la falda rom. De nuevo, la predicción se deriva de la hipótesis de la *immediacy*, que en este caso postula una correlación entre las sonrisas y un juicio de valor positivo sobre el compañero de interacción.

### Resultados y discusión

Anticipo los resultados principales del estudio. La falda gitana produjo los efectos siguientes: 1) dominación visual; 2) distancias mayores entre los pasajeros hombre; 3) menos ayuda en la estación más segura (Quai de la gare); 4) distancias menores entre las pasajeras; 5) más sonrisas entre los pasajeros hombre.

*Todos* los resultados reflejan discriminaciones causadas por el origen étnico reconocible de la actriz. Sin embargo, sólo los primeros dos resultados reflejan discriminaciones en la dirección esperada. Los últimos tres, si bien comprueban el trato discriminatorio, fueron en la dirección contraria a lo predicho. Esto requiere una interpretación.

Se esperaba que los pasajeros ayudasen menos a la actriz vestida con la falda rom en la estación más peligrosa, Jaurès, porque allí el riesgo proporciona una buena excusa para no ayudar. En realidad, es en la estación más segura, Quai de la gare, que los pasajeros ayudaron menos a la actriz estigmatizada. Pero hay más. En la estación más peligrosa, donde los niveles de ayuda no difieren significativamente entre las condiciones, esos niveles de ayuda fueron comparables al nivel de ayuda que, en la estación menos peligrosa, la actriz recibió sólo en la condición tratamiento (falda rom). O sea que el riesgo más elevado pudo haber actuado para justificar no sólo el rechazo de ayuda a la actriz estigmatizada, sino también a la actriz en la condición control. En otras palabras, el riesgo pudo haber anulado o achatado la diferencia de estímulo entre la presencia y la ausencia de la falda rom. Los pasajeros fueron más igualitarios en la estación, más riesgosa, pero en el sentido de no ayudar a nadie. Este resultado pone en evidencia que, más allá del grupo al cual se asigna al compañero de interacción, las circunstancias circundantes son un factor importante en la producción de la discriminación.

Por otra parte, se esperaba que las pasajeras se alejasen más de la actriz con la falda rom y que los pasajeros hombre le sonrieran menos, pero los resultados indican lo contrario. Si se admite que distancias más cortas y un mayor número de sonrisas expresan una evaluación más positiva, la conclusión es que, en estas dimensiones, la actriz con la falda rom fue discriminada *positivamente*. Habíamos notado más temprano que las antipatías de grupo, en particular el racismo, han cambiado de forma en las últimas décadas. Un aspecto de esta mutación es el surgimiento de la llamada “discriminación invertida”. En un contexto en el que el antirracismo es valorado, la discriminación invertida consiste en tratar no peor sino *mejor* a los miembros de los grupos históricamente oprimidos. Sin pretender tratarlas, dejo por último dos preguntas planteadas. ¿Por qué las mujeres, pero no los hombres, exhibieron discriminación invertida a través de su gestión de la distancia interpersonal? ¿Por qué los hombres, pero no las mujeres, exhibieron discriminación invertida por medio de sus sonrisas?



## Investigaciones futuras

Este experimento de terreno ha servido para identificar algunos comportamientos que las personas producen diferencialmente en función del origen étnico reconocible del compañero de interacción. Lo que no sabemos todavía es si estos tratos, además de discriminatorios, son también menospreciantes. Es decir, no sabemos si frustran las expectativas legítimas de reconocimiento del compañero de interacción. Pero esto es importante para establecer el carácter dañino, y por lo tanto criticable, de estas formas de discriminación.

Para dar este paso adelante, se necesita cambiar de paradigma. En lugar de buscar producir discriminaciones étnicas, lo que la manipulación experimental debería buscar producir ahora es sentimientos de menosprecio. Para ilustrar lo que tengo en mente, tomemos el ejemplo de la dominación visual (igual fracción de tiempo pasada mirando al otro en las posiciones de oyente y locutor). El experimento reveló que los pasajeros, hombres y mujeres por igual, en la estación más peligrosa como en la estación menos peligrosa, exhiben dominación visual en interacción con la actriz pero sólo cuando ésta lleva la falda rom. La dominación visual es, entonces, uno de los comportamientos discriminatorios en función del origen que hemos podido identificar. ¿Pero acaso nos sentimos menospreciados cuando, en el contexto de un pedido de ayuda en el metro, se nos mira de esta manera?

Si tenemos algún modo de medir el sentimiento de menosprecio, un experimento de terreno cuyo tratamiento consista en exponer una persona a la dominación visual podría revelar si en efecto este patrón de comportamiento produce sentimientos de menosprecio a su destinatario. Una manera de poner esta orientación en práctica podría consistir en invertir los roles, poniendo el pasajero escogido al azar en la posición de quien pide ayuda y al actor encubierto en la posición de quien la ofrece. Habría que crear un nuevo guión, pero lo importante es que en la condición control el actor debería mirar al pasajero más al escuchar que al hablar, mientras que en la condición tratamiento el actor debería mirar al pasajero en la misma medida en ambos roles.

Terminada la interacción, mediante un cuestionario se podría tratar de captar los sentimientos de menosprecio u otros que el pasajero vivenció durante el intercambio. Si los niveles de estos sentimientos difieren significativamente entre los grupos control y tratamiento, se puede atribuir la diferencia al patrón de dominación visual. Así, se podría mostrar experimentalmente que la dominación visual causa sentimientos de menosprecio en el contexto de un pedido de ayuda en público. Lo cual permitiría afirmar que, al ser objeto de dominación visual, la actriz rom fue víctima de menosprecio, y que en la medida en que ese menosprecio es injustificadamente dañino, es también inadmisibile.

## Conclusión

Para concluir, me gustaría resumir brevemente los contenidos principales aquí expuestos.

El enfoque constructivista social ha restablecido la pertinencia de los niveles social y cultural en el análisis de las emociones. Pero al equiparar construcción social y construcción lingüística, el constructivismo social impone dos obstáculos injustificados al análisis de la dimensión sociocultural de las emociones.

El primero se refiere a la incapacidad de analizar las formas de construcción social de la experiencia emocional que no involucran conceptos de emoción. El segundo obstáculo tiene que ver con la limitación injustificada de la problemática de la construcción social a las emociones humanas.

El enfoque que propongo conserva del constructivismo social el énfasis sobre los niveles social y cultural de análisis pero rechaza la asimilación de la construcción social a una construcción lingüística. Este enfoque alternativo reposa sobre el concepto de transacción emocional. La transacción emocional es una unidad de interacción que desde un punto

de vista formal se compone de una secuencia de expresiones de emociones, y desde un punto de vista funcional opera para reconfigurar la relación entre los participantes.

El primer proyecto de investigación basado en este enfoque trató de las transacciones emocionales que los pasajeros de los metros hacinados de Delhi, Nueva York y París ponen en práctica para gestionar las emociones que causan los contactos físicos indeseados. Se pudieron identificar dos transacciones emocionales recurrentes de carácter transcultural. La primera parece funcionar para reparar la relación que el contacto físico ofensivo ha puesto en entredicho. La segunda, en cambio, parece servir para manifestarse desprecio recíproco cuando, en lugar de la reparación, lo que sigue a la ofensa es otra ofensa.

El segundo proyecto está dedicado al estudio de las antipatías intergrupales y trata la discriminación menospreciante como una transacción emocional. Para identificar los comportamientos expresivos discriminatorios, un experimento de terreno fue realizado en el metro de París. En la condición tratamiento, la actriz era reconocible como Rom. El experimento permitió identificar una serie de comportamientos expresivos que son producidos diferencialmente en función del origen del compañero de interacción. El próximo paso consistirá en poner en práctica un nuevo experimento de terreno que permita examinar si estos comportamientos discriminatorios frustran expectativas de reconocimiento. Si esta hipótesis se confirma, se podrá decir de estos comportamientos que son injustificadamente dañinos y por lo tanto inadmisibles.

## Referencias

ARANGUREN, Martin. *La Transaction Émotionnelle comme Unité d'action: Une Méthodologie pour L'étude des Émotions Situées*. Thèse de Doctorat En Sociologie. Paris: Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales, 2013.

ARANGUREN, Martin. "Nonverbal Interaction Patterns in the Delhi Metro: Interrogative Looks and Play-Faces in the Management of Interpersonal Distance." *Interaction Studies* v.16, n. 3, p. 526–52, 2015.

ARANGUREN, Martin & Stéphane Tonnelat. "Emotional Transactions in the Paris Subway: Combining Naturalistic Videotaping, Objective Facial Coding and Sequential Analysis in the Study of Nonverbal Emotional Behavior." *Journal of Nonverbal Behavior*, v. 38, n. 4, p. 495–521, 2014.

AVERILL, James R. "A Constructivist View of Emotion." In *Emotion: Theory Research, and Experience*, edited by Robert Plutchik and Henry Kellerman, 305–39. San Diego (California): Academic Press, 1980.

DOVIDIO, John F., Peter Ed Glick & Laurie A. Rudman. *On the Nature of Prejudice: Fifty Years after Allport*. Oxford (England): Blackwell Publishing, 2005. <http://psycnet.apa.org/psycinfo/2005-08614-000>.

DURKHEIM, Emile. *Les Règles de La Méthode Sociologique*. Paris: Presses Universitaires de France, 1937.

EKMAN, P. & W. V. Friesen. *Facial Action Coding System: A Technique for the Measurement of Facial Movement*. Palo Alto (California). Consulting Psychologists Press, 1978.

FRASER, Nancy & Axel Honneth. *Redistribution or Recognition?: A Political-Philosophical Exchange*. Verso, 2003.

FRIJDA, Nico. *The Emotions*. London: Cambridge University Press, 1986.

GARFINKEL, Harold. *Studies in Ethnomethodology*. Englewood Cliffs NJ, 1967.

- GOFFMAN, Erving. *Relations in Public: Microstudies of the Social Order*. New York: Basic Books, 1971.
- HALL, Edward T. *The Hidden Dimension*. New York: Doubleday, 1966.
- HARRÉ, Rom. "An Outline of the Social Constructionist Viewpoint." In: Rom Harré, (ed.). *The Social Construction of Emotions*, Oxford (England): Basil Blackwell, p. 2–14, 1986.
- HONNETH, Axel. *Kampf Um Anerkennung [Struggle for Recognition]*. Frankfurt: Suhrkamp, 1992.
- IKÄHEIMO, Heikki. "On the Genus and Species of Recognition" *Inquiry*, n. 45, p. 447–62, 2002.
- KNAPP, M. L., Judith A. Hall & T. G. Horgan. *Nonverbal Communication in Human Interaction*. International edition. Wadsworth, Ohio: Cengage Learning, 2014.
- LAITINEN, Arto. "Interpersonal Recognition: A Response to Value or a Precondition of Personhood?" *Inquiry*, v. 45, n. 4, p. 463–78, 2002.
- LAMBIE, John A. & Anthony J. Marcel. "Consciousness and the Varieties of Emotion Experience: A Theoretical Framework." *Psychological Review*, v. 109, n. 2, p. 219–59, 2002.
- LAZARUS, R. S. *Emotion and Adaptation*. New York: Oxford University Press, 1991.
- MEAD, G. H. "*Mind, Self, and Society from the Standpoint of a Social Behaviorist*". Chicago: University of Chicago, 1934.
- PAGER, Devah; Hana Shepherd. "The Sociology of Discrimination: Racial Discrimination in Employment, Housing, Credit, and Consumer Markets." *Annual Review of Sociology*, n. 34, p 181, 2008.
- PETTY, Richard E.; Russell H. Fazio; Pablo Briñol. *Attitudes: Insights from the New Implicit Measures*. New York: Psychology Press, 2012.
- SACKS, H.; E. A. Schegloff; G. Jefferson. "A Simplest Systematics for the Organization of Turn-Taking for Conversation." *Language*, v. 50, n. 4, p. 696–735, 1974.
- SAUCIER, Donald A.; Carol T. Miller; Nicole Doucet. "Differences in Helping Whites and Blacks: A Meta-Analysis." *Personality and Social Psychology Review*, v. 9, n. 1, p. 2–16, 2005.
- WITTENBRINK, Bernd; Norbert Schwarz. *Implicit Measures of Attitudes*. New York: Guilford Press, 2007.